

CONCIENCIA Y LEY MORAL

La conciencia no está desvinculada de la ley moral y, cuando se ha formado cristianamente, se convierte en verdaderamente libre.

«La conciencia es, pues, "el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla" (Gaudium et spes, "16). No es la sede del arbitrio, sino del encuentro. No está desvinculada de la ley moral, sino constantemente iluminada por ella y está comprometida a descubrir la llamada de Dios que la restituye al amor hacia El y hacia los hermanos. La conciencia, cuando se ha formado cristianamente en la fuente de la Palabra de Dios y con la ayuda del Magisterio de la Iglesia, se convierte en conciencia verdaderamente libre, que vuelve a llevar al diálogo con Dios en el orden de la creación, a través de la luz que proviene de Cristo.

«Esta luz, que la fe nos da la alegría de poseer, hace que el hombre se descubra también a sí mismo y lo devuelve a su primitiva dignidad (con la ayuda de la gracia. Inunda también, de modos varios, al tiempo y a los hombres de buena voluntad y, en muchos de éstos, quizá inconscientemente, actúa manifestando una rectitud que sólo espera el revelarse pleno de Dios».

JUAN PABLO II: Discurso al Congreso de la Federación de Universitarios Católicos Italianos y al Movimiento Eclesial de Compromiso Italianos, el 3 de diciembre de 1983. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVI, núm. 8 (790), domingo 19 de febrero de 1984.

A qué llamamos ley moral.

«El hombre está sujeto a la Providencia de Dios en cuanto hombre, es decir, en cuanto sujeto inteligente y libre. Como tal está en disposición de participar en el proyecto providen-

"cial, descubriendo sus líneas esenciales inscritas en su mismo ser humano. Este proyecto creador de Dios, en cuanto es conocido y participado por el hombre, es lo que llamamos ley moral. La ley moral es, pues, la expresión de las exigencias de la persona humana, que ha sido pensada y querida por la Sabiduría creadora de Dios, como destinada a la comunión con El».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 27 de julio de 1983. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 31 (761), domingo 31 de julio de 1983.

El orden moral.

«El trabajo humano, en efecto, está en el centro de toda la vida social. Mediante él se forman la justicia y el amor social, si todo el sector del trabajo es gobernado por un justo orden moral. Pero si falta este orden, en lugar de la justicia se introduce la injusticia, y en lugar del amor el odio».

JUAN PABLO II: Homilía durante la Misa celebrada en el aeropuerto Muchowiec, de Katowice, lunes 20 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 28 (758), domingo 10 de julio de 1983.

La ley moral inscrita en la conciencia misma del hombre.

«Hoy, en la primera lectura del libro del Exodo escuchamos las llamadas que el autor del texto dirige, de parte de Dios, a los hombres de la Antigua Alianza, y que no pierden su actualidad en ninguna época:

»"No vejarás...", "no oprimirás...", "no explotarás a viudas ni a los huérfanos", "no serás... usurero", "si tomas en prenda... lo devolverás".

»El autor del libro del Exodo, con estas órdenes tan fuertes y parentorias, quiere hacernos reflexionar sobre la realidad fundamental de la existencia de una "ley moral natural", ingénita en la misma estructura del hombre, ser inteligente y volitivo. Dios no ha creado al hombre por casualidad, sino según un proyecto de amor y salvación. Por el hecho mismo de que una persona es viviente y consciente, no puede dejarse llevar y dominar por el arbitrio, por la autonomía, por el impulso de los

"instintos y de las pasiones. Desgraciadamente hoy se enseña y se propala por los medios de comunicación, especialmente por los audiovisuales, un "humanismo del instinto", que exalta el valor arbitrario de la espontaneidad instintiva, del hedonismo, de la agresividad. Pero no es así: hay una ley moral inscrita en la conciencia misma del hombre que impone respetar los derechos del Creador y del prójimo y la dignidad de la propia persona; ley que se expresa prácticamente con los "Diez Mandamientos".

»Transgredir la ley moral natural es fuente de consecuencias terribles y ya lo hacía ver San Pablo en la Carta a los Romanos: "Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal...; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien" (Rom., 2, 9-10). Lo que San Pablo decía a los pueblos paganos, que no habían actuado en conformidad con el conocimiento racional de Dios, único Creador y Señor, y habían despreciado la ley moral natural, se constata de forma impresionante en todos los tiempos y, por lo tanto, también en nuestra época: "Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad..." (Rom., 1, 28-29). "El descenso de la moral, tanto en el campo social como en el ámbito personal, causado por la desobediencia a la ley de Dios inscrita en el corazón del hombre, es la amenaza más terrible a cada persona y a toda la humanidad.

»Esta dramática situación ya existía en los tiempos de la encíclica Rerum novarum; y, por desgracia, después de 90 años, aún somos testigos de ella con la caída de la moral y la consiguiente gran amenaza para el hombre».

JUAN PABLO II: Homilía en la Misa celebrada en la Parroquia romana de Jesús Obrero Divino, el domingo 25 de octubre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XIII, núm. 44 (670), domingo 1 de noviembre de 1981.

La conciencia muchas veces es esclavizada por sistemas socio-políticos e ideológicos o por las pasiones que desvían el corazón humano de los valores absolutos, como el bien, la justicia, la fraternidad y la paz.

«Es mi profunda convicción, es una constante de la Biblia y del pensamiento cristiano, es, así lo espero, una intuición de muchos hombres de buena voluntad, que la guerra nace en el

"corazón del hombre. Es el hombre quien mata y no su espada
"o, como diríamos hoy, sus misiles.

»El "corazón" en el lenguaje bíblico es lo más profundo de
"la persona humana, en su relación con el bien y el mal, con los
"otros, con Dios. No se trata tanto de su afectividad, cuanto
"más bien de su conciencia, de sus convicciones, del sistema de
"pensamiento en que se inspiran, así como de las pasiones que
"implican. Mediante el corazón, el hombre se hace sensible a los
"valores absolutos del bien, a la justicia, a la fraternidad, a
"la paz.

»El desorden del corazón equivale al de la conciencia, cuando
"ésta llama bien o mal a lo que ella desea escoger según sus in-
"tereses materiales o su voluntad de poder. La misma compli-
"cidad del ejercicio del poder no impide que haya siempre una
"responsabilidad de la conciencia individual en la preparación,
"desencadenamiento o extensión de un conflicto; el hecho de que
"la responsabilidad sea compartida por un grupo no cambia nada
"el principio.

»Pero esta conciencia se ve con frecuencia solicitada, por no
"decir esclavizada, por sistemas socio-políticos e ideológicos que
"son también obra del espíritu humano. En la medida en que los
"hombres se dejan seducir por sistemas que ofrecen una visión
"global exclusiva y casi maniquea de la humanidad y hacen de
"la lucha contra los otros, de su eliminación o de su dominio la
"condición del progreso, quedan encerrados en una mentalidad
"de guerra que endurece las tensiones, haciéndose casi incapaces
"de dialogar. La adhesión incondicional a estos sistemas se con-
"vierte, a veces, en una especie de idolatría del poder, de la
"fuerza, de la riqueza; una forma de esclavitud que quita la li-
"bertad a los mismos gobernantes.

»Más allá de los sistemas ideológicos propiamente dichos,
"son múltiples las pasiones que desvían el corazón humano, in-
"clinándolo a la guerra. Por esta razón los hombres pueden de-
"jarse arrastrar por un sentido de superioridad racial y un odio
"hacia los demás, también por la envidia, por la codicia de la
"tierra y de los recursos de los demás, o, en general, por el afán
"de poder, por el orgullo o por el deseo de extender el propio
"dominio sobre otros pueblos a quienes menosprecian».

JUAN PABLO II: Mensaje en la «Jornada
Mundial de la Paz», 1 de enero de 1984. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua
española, año XV, núm. 52 (782), domingo 25
de diciembre de 1983.

La conciencia equivocada. Es necesario formar la conciencia.

«Si la conciencia moral no es la instancia última que decide lo que está bien y lo que está mal, sino que ha de estar de acuerdo con la verdad inmutable de la ley moral, resulta de ello que no es juez infalible: puede errar.

»Este punto merece hoy atención especial. "No os asimiléis —enseña el Apóstol— a la mentalidad de este mundo, sino renovaos por la transformación de la mente" (Rom., 12, 2). "En los juicios de nuestra conciencia anida siempre la posibilidad de errar.

»La consecuencia que se deduce de tal error es muy seria; cuando el hombre sigue la propia conciencia equivocada, su acción no es recta, no pone en acto objetivamente lo que está bien para la persona humana, y ello por el mero hecho de que el juicio de la conciencia no es la última instancia moral.

»Claro está que "no rara vez sucede que yerra la conciencia por ignorancia invencible", como puntualiza enseguida el Concilio (Gaudium et spes, 16). En este caso "no pierde su dignidad" (cfr. ib.), y el hombre que sigue dicho juicio no peca. Pero el mismo texto conciliar prosigue indicando "que esto no puede afirmarse cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien, y la conciencia se va entenebreciendo gradualmente por el hábito del pecado" (ib.).

»Por tanto, no es suficiente decir al hombre: "sigue siempre tu conciencia". Es necesario añadir enseguida y siempre: "pregúntate si tu conciencia dice verdad o falsedad, y trata de conocer la verdad incansablemente". Si no se hiciera esta necesaria puntualización, el hombre correría peligro de encontrar en su conciencia una fuerza destructora de su verdadera humanidad, en vez de un lugar santo donde Dios le revela su bien verdadero.

»Es necesario "formar" la propia conciencia. El cristiano sabe que en esta tarea dispone de una ayuda especial en la doctrina de la Iglesia. "Pues, por voluntad de Cristo, la Iglesia católica es la Maestra de la verdad, y su misión es exponer y enseñar auténticamente la Verdad, que es Cristo y, al mismo tiempo, declarar y confirmar con su autoridad los principios del orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana" (Dignitatis humanae, 14)».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 17 de agosto de 1983.

Los criterios de juicio de la conciencia.

«¿De dónde saca la conciencia sus criterios de juicio? ¿Sobre qué base juzga nuestra conciencia moral las acciones que vamos a llevar a cabo o hemos realizado? Escuchemos con atención las enseñanzas del Concilio Vaticano II: "La norma suprema de la vida humana es la propia ley divina, eterna, objetiva y universal, por la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo universo y los caminos de la comunidad humana... El hombre percibe y reconoce por medio de su conciencia los dictámenes de la ley divina, conciencia que tiene obligación de seguir fielmente en toda actividad para llegar a Dios, que es su fin" (Dignitatis humanae, 3).

»Reflexionemos atentamente sobre estas palabras tan densas e iluminadoras. La conciencia moral no es un juez autónomo de nuestras acciones. Los criterios de sus juicios los saca de la "ley divina, eterna, objetiva y universal", de la "verdad inmutable" de que habla el texto conciliar, ley y verdad que la inteligencia del hombre puede descubrir en el orden del ser. Esta es la razón por la que el Concilio dice que el hombre en su conciencia está solo con Dios". Adviértese una cosa: el texto no se limita a afirmar que "está solo", sino añade "con Dios". La conciencia moral no encierra al hombre en una soledad infranqueable e impenetrable, sino que la abre a la llamada, a la voz de Dios.

»En esto y no en otra cosa reside todo el misterio y dignidad de la conciencia moral: en ser el lugar, el espacio santo donde Dios habla al hombre. Por consiguiente, si el hombre no escucha a su conciencia, si consiente que en ella haga su morada el error, rompe el vínculo más fuerte que lo estrecha "en alianza con su Creador».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 17 de agosto de 1983. L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 34 (764), domingo 21 de agosto de 1983.

El examen de conciencia no es tanto un esfuerzo de introspección sociológica como una confrontación de la ley moral dada por Dios.

«El "examen de conciencia" se nos revela así no tanto como "esfuerzo de introspección psicológica, o como gesto intimista que se circunscribe al perímetro de nuestra conciencia, abandonada a sí misma. Es, sobre todo, confrontación: confrontación con la ley moral que Dios nos dio en el momento creador, que Cristo asumió y perfeccionó con su precepto del amor" (cf. 1 Jn 3, 23), y que la Iglesia no cesa de profundizar y actualizar con su enseñanza».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 14 de marzo de 1984. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVI, núm. 12 (794), domingo 18 de marzo de 1984.

Tarea fundamental de formar la propia conciencia moral.

«... Para que no seamos ya niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que emplean astutamente los artificios del error para engañar» (Ef 4, 14).

«Amadísimos: El Apóstol Pablo nos recuerda con estas palabras la necesidad de ser personas adultas en la fe, maduras en los juicios y en posesión de una conciencia moral capaz de dirigir nuestras opciones en armonía con "la verdad en la caridad"» (ib., 15).

«"Formar" la conciencia propia es tarea fundamental. La razón es muy sencilla: nuestra conciencia puede errar. Y cuando sobre ella prevalece el error, ocasiona el daño más grave para la persona humana, que es el de impedir que el hombre se realice a sí mismo subordinando el ejercicio de la libertad a la verdad».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 24 de agosto. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 35 (765), domingo 28 de agosto de 1983.

Misión de los intelectuales en la formación de conciencias.

«No seáis exclusivamente intelectuales que reflexionan, eva-
"luán, contemplan la verdad encerrándose en una individualista
"torre de marfil. No dejéis que sólo voces aisladas lancen men-
"sajes a la conciencia y al mundo. También vosotros estáis in-
"sertos solidariamente en una labor profética de formación de
"conciencias sensibles y capaces de decir "no" a la muerte, al
"odio, a la violencia, al terror, al error, al mal, a la degradación;
"y, decir, en cambio, "sí" al bien, a la belleza, a la verdad, a la
"justicia, a la responsabilidad, a la vida, a la paz, al amor. Asu-
"mid también vosotros la propia responsabilidad conscientemente.

»Vuestra aportación en este campo es trascendental. Los jó-
"venes que tienen contacto formativo con vosotros, los políti-
"cos que están atentos a lo que decís, los técnicos que no pue-
"den prescindir de vosotros, todos reciben ayuda para entrar con
"sabiduría y clarividencia en una visión de la vida y de la so-
"ciedad humana que promueva el bien común de toda la huma-
"nidad».

JUAN PABLO II: Discurso a los hombres de la cultura con ocasión del Jubileo de la Redención, el 15 de diciembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 52 (782), domingo 25 de diciembre de 1983.